

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIODICO DE INSTRUCCION PUBLICA FUNDADO EN 1866

OFICINAS: CALLE DE QUEVEDO, NUM. 7.—MADRID
 DIRECCION POSTAL: APARTADO NUM. 131
 DIRECCION TELEGRAFICA: MAGISTROL

TARIFA DE ANUNCIOS POR INSERCIÓN

Una página	125 pesetas.	Los anuncios de menos de un cuarto de página, a 1,25 pesetas línea de cuarenta letras o fracción. —
Media id.	65 —	
Cuarto id.	35 —	

A los suscriptores, en los anuncios particulares de interés general, pcrmutas, vacantes, etc., **1,00** peseta la línea.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año, con regalo de libros	20,00 pesetas.
Semestre, sin regalo de libros.	10,00 —

No se admiten suscripciones por menos de un semestre. La suscripción comenzará siempre en 1.º de mes. El pago es por adelantado, por giro postal o telegráfico, sellos de Correos (certificando la carta), o por medio de nuestros corresponsales. Toda petición de traslado de residencia, vendrá acompañada de una dirección y de **0,30** pesetas en sellos.

SUMARIO.—De Actualidad: Los derechos pasivos. Provisión de Escuelas.—Cursillo de agricultura.—Una adhesión.—La Fiesta del Arbol.—Libros nuevos.—Centenario de Pestalozzi.—Del Congreso pedagógico de Segovia: Educación de los párvulos y el método Montessori.—Revista legislativa: Excedencias.—Para la enseñanza ocasional: El vuelo desde España a Guinea.—Las Direcciones de Escuelas graduadas.—Estatuto del Magisterio.—Sección oficial: Disposiciones varias de interés general.—Escuelas vacantes.—Correspondencia.

EL CIELO

(Lecturas científicas sobre Astronomía)

POR

Don Victoriano F. Ascarza

Astrónomo del Observatorio de Madrid

En las 200 páginas de este libro se tratan con todo detalle las materias siguientes:

Capítulo I.—Forma y tamaño de la Tierra.—II. La Tierra está aislada en el espacio.—III. Rotación de la Tierra; días y noches.—IV. Traslación de la Tierra.—V. La Luna; su distancia y su tamaño.—VI. Traslación de la Luna.—VII.—Gravitación universal; danza de astros.—VIII. El Sol.—IX. Constitución física del Sol.—X. Los eclipses; sus clases y frecuencia.—XI. La familia del Sol, planetas y satélites.—XII. La danza de los planetas; su reglamento.—XIII. Los planetas interiores.—XIV. Los planetas habitables: Marte.—XV. Los planetas gigantes.—XVI. Los planetas lejanos.—XVII. Estrellas fugaces y bólidos.—XVIII. Los cometas.—XIX. Las estrellas.—XX. Un paseo por el Cielo.—XXI. Estrellas; distancia y constitución.—XXII. De la Vía Láctea y las nebulosas.—XXIII. El origen probable del sistema solar.

Libro indispensable para lectura en los niños y de gran interés a los Maestros que quieran poseer un conocimiento amplio y completo de la Geografía astronómica. Ilustrado con dibujos y fotografías.

Ejemplar, 1,25 pesetas.

PARA LA FIESTA DEL ARBOL

Un monólogo, un diálogo y un juguete cómico

RECREOS INFANTILES

por

DON EZEQUIEL SOLANA

PRECIO DEL EJEMPLAR, UNA PESETA

DE ACTUALIDAD

Los derechos pasivos.—Poco o nada nuevo podemos decir de este asunto; pero queremos dirigir un ruego a los Poderes públicos, en el sentido de que den a este problema una solución equitativa y lo más rápida posible.

Toda demora puede ser, realmente, perjudicial, con daños de difícil reparación.

Debe tenerse en cuenta que hay una infinidad de Maestros que hoy no tienen definidos sus derechos pasivos: son todos los que ingresaron desde 1.º de enero de 1920.

Estos compañeros han descontado el seis por ciento condicionalmente y a reserva de la forma en que el Estado dispusiera o reglamentara sus pensiones y las de sus familias.

Pero esa reglamentación, que debió hacerse en tiempo bastante lejano, no se hizo, y sus derechos son algo indeterminado, inconcreto, desconocido.

Si a esos Maestros ocurre una desgracia, ¿cuál es la situación de sus familias? ¿Qué derechos han de reclamar? ¿Tienen acaso mesadas de supervivencia?

He aquí preguntas que se nos dirigen con frecuencia y nadie puede dar una contestación satisfactoria.

Suponemos que los derechos que se reconocen se aplicarán después, pero será con retraso inevitable, y la desgracia no suele dar tiempo ni tranquilidad para la espera.

Por eso hemos dicho antes que se pueden causar con el retraso males irreparables, y téngase en cuenta que ya van más de seis años esperando muchos Maestros una solución.

Es público el excelente deseo que el Gobierno actual tiene en esta materia; él nombró una Comisión para que estudiara el asunto, y esa Comisión dió el dictamen que se le había pedido.

Parece decidido, en principio, que los derechos pasivos del Magisterio se incorporen al Estado en aquellas condiciones que el Gobierno estime más justas y convenientes para todos. Suponemos que será el Gobierno en pleno quien, a propuesta de los Ministros de Hacienda o de Instrucción pública, o de ambos, resolverá el asunto; comprendemos que la consolidación de las deudas y otros asuntos de gran trascendencia nacional han impedido dar a este problema

nuestro una solución y, rogamus, con todo respeto, e inspirándonos en las necesidades y deseos de los Maestros, que se decida, cuanto antes, esa solución justa y equitativa que esperamos.



Provisión de Escuelas.—Algunos suscriptores que han enviado fichas por correo certificado, nos piden que averigüemos en la Dirección de Primera enseñanza si se han recibido. No es fácil dar respuesta. En estos días han llegado algunos millares de fichas; se van abriendo los sobres y haciendo clasificación por Escuelas, y como son tantas, no es fácil averiguar si han llegado algunas determinadas hasta que no esté hecha la clasificación total, y en ello se tarda algún tiempo. Los que han hecho el envío por correo certificado deben estar tranquilos, porque con el resguardo pueden reclamar en el caso de que hubiese ocurrido algún extravío de fichas, que no es de presumir. Por eso, precisamente, encargamos tanto que las fichas se envíen directamente y no por nuestra mediación, porque si se extravía en Correos una carta dirigida a nosotros, nada se puede reclamar, y si se ha dirigido con fichas a la Dirección de Primera enseñanza, hay medio de defender sus derechos en caso de necesidad.

Debe tenerse presente, además, que en este mes hay que clasificar también las numerosas relaciones nuevas de destinos que se han enviado, y que deben producir efecto a los nuevos aspirantes. Hay, pues, que contar con un trabajo extraordinario y que llevará algún tiempo antes de comenzar a formar las propuestas.



Cursillo de Agricultura.—La Diputación provincial de Guadalajara, que tantas muestras viene dando en favor de la enseñanza y del Magisterio, ha organizado para los Maestros un cursillo de divulgación agrícola, con arreglo al siguiente programa:

Día 15.—Sesión inaugural.—Harán uso de la palabra el ingeniero jefe de la Sección Agronómica, el Inspector de Primera enseñanza, el diputado provincial Sr. Lamela, el presidente de la Excma. Diputación, y el ex-

celentísimo Sr. Director general de Agricultura y Montes.

En días sucesivos se darán las conferencias siguientes:

Cultivos herbáceos, por el ingeniero agrónomo D. Pedro Herce; Química agrícola, por el ingeniero agrónomo D. José Arizcum; Abonos, por el mismo señor; Arboricultura, por el ingeniero Sr. García Ataúce; Viticultura, por el mismo señor; Zootecnia, por el inspector de Higiene pecuaria Sr. Puebla; enfermedades del ganado, por el diputado provincial y veterinario Sr. Lamela; Avicultura, por el ayudante agrónomo Sr. Fluiters; Meteorología y maquinaria agrícola, por el mismo señor; Repoblación forestal, a cargo del ingeniero de Montes Sr. Prieto.

Los grandes problemas sociales, económicos y agrarios de la provincia, por el ingeniero militar y representante de la Cámara Agrícola D. Fernando Palanca; La sindicación agraria, por el arcediano de la catedral de Sigüenza, Sr. Yabeu; Metodología de la Agricultura, a cargo del Inspector de Primera enseñanza Sr. Vera.

La sesión de clausura tendrá lugar el día 23 y será presidida por el Sr. Director general de Primera enseñanza.

Los Maestros nacionales subvencionados por la Diputación para asistir a este cursillo son: D. Adolfo Franco Lillo, de Sigüenza; D. Alejo García Hernando, de Jadraque; D. Casimiro Gonzalo, de Condemios; don Cecilio Ibáñez, de Castejón; D. Clemente Hidalgo, de Azuqueca; D. Cristino Rojas, de Sacedón; D. Eustaquio Vázquez, de Huérmeces; D. Francisco Puerta, de Fuentelahiguera; D. Gabriel López, de Junquera; don Jesús Herránz, de Brihuega; D. Joaquín Carrascosa, de Lupiana; D. Mariano Fuentes, de Cogollor; D. Paulino Mohino, de Pastrana; D. Ricardo Jimeno, de Cifuentes; don Santos Dolado, de Humanes, y D. Víctor Latorre, de Milmarcos.

Pueden asistir, además, cuantos Maestros de la provincia lo deseen, los cuales disfrutará de vacación oficial.

Nos consta que, con este motivo, reina en la vecina provincia gran entusiasmo, no sólo entre los Maestros, sino en otras clases sociales.



Una adhesión.—Unos cuantos entusiastas por el bien comunal, han tenido la feliz iniciativa de propalar en las columnas de esta Revista la conveniencia de la creación de Casas para Huérfanos del Magiste-

rio, en lugar del Colegio que se intentaba, pues éste no dejaría de ser una especie de Asilo donde los huérfanos no encontrarían el calor que las Casas podrán proporcionarles.

Por ello, ahí va mi adhesión, pero a condición de que los huérfanos que tengan familias próximas, como alguien lo ha dicho ya desde estas mismas columnas, no salgan del poder de las mismas mediante una pensión inferior a la que consumiesen en las Casas.

Esto, que a nadie perjudicaría, originaría una tranquilidad mayor de espíritu a los padres que cuenten con familias de su confianza, en el postrer suspiro.—*José Fernández.*



Fiesta del Arbol.—*Quintanilla de Abajo.* El domingo, día 13, con un tiempo espléndido, se celebró en esta villa la Fiesta del Arbol.

Asistieron 120 niños y otras tantas niñas. Se plantaron 300 árboles. Los primeros hicieron varias evoluciones gimnásticas, agradando al vecindario, que asistió en pleno.

Hubo discursitos pronunciados por los niños y se les obsequió con una abundante merienda.

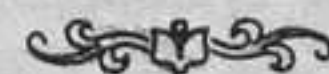
Merece plácemes el Ayuntamiento y los Maestros doña María Gutiérrez Sanz y don Quintín Ruipérez Pelayo.

—Se ha celebrado con grande solemnidad, en San Fructuoso de Bagés (Barcelona), asistiendo con sus alumnos, los Maestros nacionales, autoridades y personas distinguidas, invitadas a la fiesta.

A los acordes de una marcha, ejecutada por la orquesta de Manresa, y después de la plantación, fué colocada en la plaza la siguiente inscripción: «Los árboles de esta plaza están bajo la protección de los niños de las Escuelas nacionales; ellos cuidarán de que crezcan vigorosos, y su ejemplo, imitado, será el símbolo de la Patria, purificada por una nueva educación física».

Más tarde celebróse una fiesta cultural y patriótica, pronunciándose muy elocuentes discursos.

Autoridades, Maestros y otras personalidades fueron obsequiadas después con un banquete.



CENTENARIO DE PESTALOZZI

CABOS SUELTOS

Se dice que Pestalozzi era un *inacabado*, que nada de lo que empezaba dejaba bien concluido.

Ahora, ¿cuántos *acabados* hay por ahí que tengan aquella su sensibilidad, y su corazón y su amor al trabajo?

Un *inacabado* llamado «el ángel de la beneficencia» por madame de Krudner, y a quien la Argovia bendice y el mundo entero alaba.

¡A ver cuál de esos críticos, que siempre andan a caza de los defectos ajenos, deja como el pedagogo suizo un trazo tan recio de sublime generosidad! ¡A ver quién se aventura a seguir las huellas de semejante *inacabado*, para darnos la enseñanza y el contacto de una mayor perfección!

* * *

Se calificaba también de inculto al célebre institutor.

«No sabía ortografía, y él mismo no estaba seguro de saber bien las cuatro reglas aritméticas». (Compayré.)

Bien está la cultura en el Maestro, y necesaria le es; pero Pestalozzi, sin ella, supo acreditarse en la difícil tarea de instruir a los demás. Y él, que se reprochaba no saber leer ni escribir correctamente, véase cómo —sin embargo— tenía destreza para que a su vera se aprendieran las primeras letras. Era el milagro de la buena voluntad: el triunfo de un afanoso, «*todo para los otros y para sí mismo nada*».

* * *

Cuentan también que era presumido, porque lucía la condecoración de San Wladimiro.

Presumido un hombre que, si hemos de creer a Guimps y a Villiemin, llevaba los calzones mal abrochados y las medias caídas y andaba de modo jadeante y brusco. Presumido, y una vez remedió a un mendigo regalándole las hebillas de plata de sus zapatos...

La presunción se compagina mal con el que, humilde, buscaba a los menesterosos. Y ¿acaso tenía tiempo y motivos para hacerse el vanidoso, quien pasaba con frecuencia el día sin comer?

La vanidad hay que buscarla en las personas de condición huera, y Pestalozzi cier-

to es que estaba colmado de elevados pensamientos.

* * *

«Soñó más que realizó.»

Gracias a que fué un soñador. Las ilusiones eran cosa suya, y en ellas precisamente descansa todo ideal. A los más grandes soñadores debe la humanidad los mayores bienes de que disfruta. Soñar... soñamos unos y otros, y no todos los sueños llegan a ser realidad. ¿Quién no cabalga en alguna ilusión, y no cifra su ventura en lo que espera?

Si aquel hombre singular no pudo realizar cuanto soñó, fué porque, en alas de su empeño noble, miró siempre al más allá: corría con la idea de rendir lo mejor, en ofrenda al pueblo a quien amaba de modo apasionado...

* * *

Era sincero y de intenciones puras.

A tales virtudes respondía cuando, en todo, se producía como un niño; cuando, alma sensible, se confesaba a sí mismo ignorante y loco. Así acudía a los poderosos, para abatirse al desdeñarle sus pretensiones, y así lo invadía el gozo siempre que lo visitaban personajes distinguidos.

La sinceridad, aliada es de la verdad. Por eso hay quien la teme y quien la condena. Categoría de virtud tiene, que valdría convertir en prenda de todos para que la vida no estuviera tan aderezada como está de envidias y de miserias.

«La transparencia moral» —que decía el doctor Arnold—, y que él la estimaba como la cualidad principal.

* * *

¡Pestalozzi!

Se le festeja hoy, y con ello un homenaje al Maestro. Fué un corazón que latía con la única impaciencia tolerable, que es la impaciencia por el bien de nuestros semejantes. Y sabía, como Epicteto, que «la felicidad está en nosotros mismos».

J. SALVADOR ARTIGA

Alicante.

Del hermoso discurso leído por el señor don Máximo de Stoutz, Ministro Plenipotenciario de Suiza, en la fiesta del palacio de la Música, transmitimos los siguientes párrafos:

«¡Fué un gran corazón! ¡Cuántos motivos hay, en efecto, para presentar con palabras

tan sencillas, pero tan henchidas de sentido, al gran pedagogo, a la admiración y al reconocimiento de los niños! Con ellas queda perfectamente definida la esencia de su genio, que fué Amor, y con ellas habéis hablado a vuestros discípulos en el lenguaje que mejor cuadre a muchachos españoles.

Y permitidme que evoque una escena.

Era a principios del año 1825, el último del «Instituto de Yverdón». El veneno de la intriga se había infiltrado en el Cuerpo de Enseñanza y lo había dividido en dos grupos hostiles. Sin comprender nada, el anciano santo, a cuyo venerado nombre debía el Instituto universal renombre, había asistido, impotente y desesperado, a la lucha cruenta y solapada que destruía su obra, y que sólo había dejado a su lado a un hombre fiel, a Schmid, quien actuaba como si fuera el báculo de Pestalozzi. Schmid cae, víctima de la venganza de los otros; se le expulsa, y esto constituye la muerte material del Instituto, que luchaba con muy graves dificultades. El Municipio de Yverdón se había adueñado de todo; el mobiliario fué vendido. No quedaba más remedio que partir. Una labor de veinte años se hundía. El anciano Mestro, que había soñado continuamente volver a encontrarse sólo con sus discípulos, con tenerlos bajo su única y exclusiva protección (ya que ahora sabía que sólo en esa bienhechora soledad fructificaba verdaderamente el milagro Pestalozziano), el anciano jefe reúne a sus alumnos, y con su candidez natural les suplica que le sigan. Pero aquellos niños no eran ya sus hijos, como tampoco el Instituto aquel, invadido por otro espíritu, era ya su Escuela, puesto que habían surgido intermediarios. Ya no se trataba de los muchachos de Neuuhof y de Stans, tocados de milagro, eran pequeños burgueses que, sin duda, habían percibido el eco de la discordia y habían perdido más de una ilusión. Así, pues, aquellos niños permanecieron callados y medrosos.

Y el 2 de marzo, a la hora del alba, Pestalozzi se pone en camino; regresa a Neuuhof, hogar de su raza. Cuenta ochenta años. Tiene el corazón lacerado por hondísimo dolor; camina, con su fiel Schmid, por entre nieve y barro. Según cuentan testigos presenciales, les siguen cuatro discípulos, ¡cuatro discípulos, y dos de ellos eran españoles!...

¡Ah, señores, esos dos muchachos españoles que tan obstinadamente se ligaban a su anciano y abandonado Maestro, en qué gran manera justificaban la confianza que Pestalozzi había puesto en el corazón de

este noble país! España, más que ningún otro, fué para nuestro héroe causa de alegría y esperanza. En mayo de 1807, Pestalozzi explicaba al Duque de Frías la emoción que le producía ver a España, la primera de todas, consagrar oficialmente sus ideas. El fin prematuro del Instituto de Madrid, en enero de 1808, a causa de los acontecimientos políticos de aquella época, en modo alguno le abatió, puesto que en aquella misma fecha Pestalozzi escribía a Amorós, secretario particular del Príncipe de la Paz, lo siguiente:

«He de consolarme, debo consolarme, » pues la semilla está echada y ha tomado » raíces en los corazones de millares y millares de nobles españoles; tanto ellos como » yo, estamos convencidos de que no podía » menos de dar fruto, bien durante mi vida » o después de mi muerte; esto es indiferente.» Y sigue escribiendo: «Deseo indeciblemente continuar en contacto con los hombres de su Patria que miran por el bienestar y la educación del pueblo.»

Y, señores, ¿no asistimos hoy al magnífico otorgamiento de este deseo? En nombre del país que se honra de haber sido la Patria, muy amada, de la gran sombra a quien va dedicado este homenaje, infinitas gracias. En nombre del Pestalozzianum de Zurich, a quien está destinado este álbum; en nombre también de la Escuela Suiza, de Barcelona, que me ha rogado la represente en este acto, las más sinceras, rendidas y expresivas gracias, señores.»

—En la sesión celebrada el martes, en el local de la Sociedad Económica Matritense, presidió el Ministro de Suiza e hicieron uso de la palabra los Sres. Nogueras, en representación de la Sociedad Amigos del Niño; el Sr. Llorca, en la de la Asociación de Maestros; el Sr. Hueso, como Director de Escuela graduada y la Sra. Bécares, Inspectora de Madrid. El Sr. Navamuel, que debía hablar en representación de la Escuela Normal de Maestros, no pudo asistir. Se leyó una carta expresiva de adhesión del Ministro de Instrucción pública. Se proyectó además una numerosa y variada colección de diapositivas referentes a Pestalozzi, a sus obras, a los que con él colaboraron, a los lugares donde vivió y trabajó, etc., etc., con explicaciones oportunas y amenas del Sr. Samper. El público, que llenaba el local hasta quedar muchos en pie, salió muy complacido y aplaudió a todos los oradores.

—Anoche miércoles, de las diez y media en adelante, se celebró una recepción en la Embajada suiza en honor de los organizadores de estos actos y de los que toman parte en ellos; estuvo brillante y concurrida.

—Ha llegado de Suiza el profesor Mr. Robert Moulin, que viene expresamente enviado por el Comité suizo para tomar parte en la velada que esta noche ha de celebrarse en la Sociedad Económica Matritense. Con el mismo fin, ha salido para Suiza nuestro querido amigo D. Francisco Carrillo y Guerrero, Inspector jefe de Madrid, expresa y personalmente invitado por aquel Comité para tomar parte, en representación de España, en las fiestas del centenario en Suiza.

—Hoy jueves (noche), en uno de los entreactos de la emisión radiofónica de Unión Radio, dará su conferencia nuestro compañero de redacción D. José Ballester. El importante periódico *Diario de Cádiz*, ha trasladado a sus columnas la lección que nuestro citado compañero escribió para EL MAGISTERIO ESPAÑOL, y ruega a sus lectores que la den a conocer a los niños.

—El sábado, a las seis de la tarde, se celebrará en la Escuela Normal de Maestros, la sesión organizada por la Asociación de Maestros de Madrid, que creemos será por ahora el último de los actos públicos del centenario.

Asociaciones de Maestros

Jaén.—En virtud de lo acordado por la Junta directiva en su sesión de 23 del pasado, se convoca a Junta general ordinaria, que tendrá lugar el día 27 de este mes, a las diez de su mañana, en la Escuela Normal de Maestros.

Se encarece a los asociados la puntual asistencia o, en otro caso, la adhesión.

Los asuntos a tratar son:

- 1.º Aprobación de cuentas.
- 2.º Gestión de la Junta directiva.
- 3.º Periódico profesional.
- 4.º Reforma del Reglamento.
- 5.º Casas para huérfanos.
- 6.º Dimisiones del Vicepresidente y Secretario.
- 7.º Orden del día de las sesiones convocadas por la Nacional para abril próximo.
- 8.º Otros asuntos. Ruegos, preguntas y proposiciones.—El Secretario, *Ismael Medina*.

ECOS DEL MAGISTERIO

A los Maestros del segundo Escalafón.—El compañero D. José Ripoll, de Collada de Alpuente, nos envía un artículo adhiriéndose a la idea propuesta por don Donato Valiente, al objeto de elegir un representante por provincia, para que vengan a Madrid a gestionar la elevación de sueldo a 3.000 ptas. de todos los limitados, y manifiesta que en el partido de Chelva (Valencia), gracias a los trabajos de D. Salvador Aguado, se celebrará pronto una reunión para elegir representante del partido y estimula a los demás a hacer lo mismo, a fin de realizar el pensamiento del Sr. Vicente.



Adhesiones.—Nuestro compañero don Zacarias Sanz Jadraque, de El Fresno (Ávila), nos ruega hagamos constar que los que estén conformes con su idea de pedir la derogación del artículo 74, y, en su lugar, que la única preferencia dentro de cada categoría sea el mayor tiempo de servicios dentro de la Escuela, desde la cual se solicita, pueden enviarle las adhesiones.

PEDAGOGIA GENERAL,

por DON EZEQUIEL SOLANA
Cuatrocientos ocho páginas, 5 pesetas

DEL CONGRESO PEDAGOGICO DE SEGOVIA

EDUCACION DE LOS PARVULOS Y EL METODO MONTESSORI

A la simpatía que un acto como el de hoy inspira a todo el que llevamos en sí el amor por cuanto a la enseñanza y al niño se refiere, he de añadir la honda satisfacción que experimenta mi espíritu en estos momentos, por ser esta noble obra la causa que permite dirigirme a todos con el fraternal saludo de la recién llegada, que viene a vosotros modesta, pero con el alma abierta a la esperanza y henchida de verdadero cariño, a formar parte de la noble y leal familia que constituye el Magisterio segoviano.

Pláceme, en gran manera, el tener ocasión de así manifestároslo, sintiéndome muy honrada de ingresar en una familia donde tantos paladines de la Escuela y de la patria se cuentan, y en donde anidan los más altos ideales y los más nobles sentimientos.

No entra en mi ánimo el poner de manifiesto la deficiencia de nuestras actuales Escuelas, ya que son de sobra conocidas por vosotros; sabemos todos que, salvo raras excepciones, disponemos de locales inadecuados, excesivas matrículas, escasez de material, etc.; por esto no hago hincapié en ello; pero como dentro de estas deficiencias generales yo he visto, o he creído verlas, aumentadas en cierta clase de Escuelas, cuales son las destinadas a los parvulitos, sin tener en cuenta que son la piedra angular de las venideras generaciones, he dirigido mi modesto trabajo a este extremo, llevada de mi ferviente deseo de remediar en algo la situación de descuido y abandono en que se encuentran estas angelicales criaturas de tres a siete años, que merecen, más que nadie, el apoyo de los demás, y a quienes la sociedad tiene casi completamente relegadas al olvido.

¿Qué son y qué concepto tiene la actual sociedad de las Escuelas de párvulos? Descontando las Escuelas maternas, Jardines de la infancia y Escuelas de bosque que algunas privilegiadas poblaciones como Madrid, Valencia, Barcelona, etc. poseen, y que son muy escasas, la inmensa mayoría de las Escuelas de párvulos en España no son más que un verdadero hacinamiento de niños, obligados a estar constantemente sentados, sin moverse de los bancos o mesas en que se les ha destinado. Los padres de

esos mismos niños los llevan allí con el único fin de que no les estorben en sus ocupaciones, sin pensar, ni remotamente, que esas horas, en las que están sometidos a un verdadero tormento corporal y espiritual, pueden serles de funestísimas consecuencias para la formación de su naciente personalidad. En las Escuelas de párvulos es donde la matrícula es mayor que en ninguna otra, por tanto, el aire que respiran esas criaturas ha de estar confinado más que en ninguna otra también. En general, la sociedad española no tiene más concepto de las Escuelas de párvulos que un local en donde están recogidos los niños la mayor parte de las horas del día y en donde no puede ocurrirles ningún atropello u otro similar accidente de los que la vida moderna trae consigo.

Yo entiendo que la transformación de las actuales Escuelas de párvulos en España es uno de los problemas de más urgente resolución, ya que supone el punto de partida firme y seguro para cualquier avance o reforma que quiera introducirse en la enseñanza.

A dos causas principales obedece el fracaso que se observa en la educación en general: una es la de que al educar nos formamos un concepto subjetivo del niño y queremos que todos salgan como el molde que nosotros hemos forjado. Así no tenemos en cuenta que jamás habrá dos niños iguales, que cada niño tiene su modalidad propia, y al ir contra ella es violentar su naturaleza; por eso, el querer someter a todos bajo la rigidez de un mismo plan, nos lleva a una tarea difícilísima, ardua, imposible de llevar a cabo, y ha de terminar, al fin, con el más grande entusiasmo, degenerando, ya en el trabajo memorista del alumno sobre el texto, ya en el trabajo intelectualista, abrumador para el Maestro, que con su propio y solo esfuerzo trata de llevar los conocimientos al ánimo de los discípulos; ambos medios son igualmente artificiosos, ambos comunican la ciencia de fuera a dentro, porque la ciencia que adquieren es nuestra o de los libros, nunca nacida del esfuerzo personal del niño, que es lo que debemos buscar.

La Pedagogía, como todas las ciencias modernas, tiene que hacerse cada vez más

naturalista, puesto que seres naturales son los niños que ella trata de conocer y dirigir, y así como el naturalista se pasa años y años observando una planta en la que trata de descubrir alguna propiedad, así, también, el Maestro, naturalista de niños, debe limitarse a observar y esperar. El dejar al niño en libertad no significa abandonarlo, sino colocarlo en sus mejores condiciones de vida para que pueda desarrollarse mejor.

La otra causa que perjudica la educación, es el desconocimiento que tenemos del niño en general; creemos que son hombres en pequeño, y aunque lleven en germen lo que el día de mañana han de ser, este concepto es también equivocado.

El primordial derecho de un ser que nace, es vivir, pero no vivir únicamente en el sentido de no morir, sino vivir todo lo más plenamente posible; por eso nuestro principal deber es rodear al niño de las mejores condiciones para que esa vida se desarrolle. El niño necesita de todo y de todos. Por eso es egoísta; cuando haya llegado a la plenitud de su desarrollo ya no lo será.

La observación del niño al nacer y durante los primeros años del crecimiento, nos muestra que la cabeza y busto son mucho más grandes que las extremidades: es braquiscéle; por eso sus movimientos son tardos y torpes, y por eso, nosotros, en nuestro deseo de que hagan todo de prisa, o violentamos su naturaleza o no le dejamos hacer, con lo que perjudicamos su actividad.

Visto, pues, el fracaso de la educación memorista, visto también el de la educación intelectualista, era necesario un nuevo sistema de enseñanza que estuviera más en armonía con la naturaleza del niño, y en estas circunstancias aparece la figura de María Montessori sentando, como base principal, la educación individual o autoeducación y la observación individual a base de la libertad del niño.

Hemos de reconocer que el sistema presentado por esta ilustre doctora ha tomado un desarrollo sorprendente y rapidísimo, siendo muchísimas las Escuelas, no sólo en Italia, sino en Suiza, Francia, Inglaterra y, sobre todo, en Australia y en los Estados Unidos, que funcionan poniendo en práctica el sistema Montessori. ¿A qué se debe tan favorable acogida? Yo creo que el interés excepcional provocado por las ideas Montessorianas, tienen su fundamento en los extraordinarios resultados obtenidos en este nuevo tipo de Escuelas, que además de pro-

ducirse la educación espontáneamente y sin coacción alguna, logran, entre otras cosas, que los niños que a ellas asisten, aprendan a leer y a escribir en el espacio de dos meses, algunos hasta en veinte días o un mes.

Tampoco puede sustraerse el triunfo de esta nueva Escuela al hecho de haber empezado a propagarse en una época en que todos sentimos el descontento que los tradicionales métodos de enseñanza nos producen, y el deseo de renovarlos por otros que nos conduzcan a una educación más práctica y efectiva que lo es al presente. Sea ello lo que fuere, el caso es innegable; las ideas de María Montessori han causado una expectación general, y, desde luego, puede afirmarse que sus principios han encarnado de tal modo en la realidad de la Escuela, que ha producido una incontestable evolución en la Pedagogía.

Los principios Montessorianos son nuevos o viejos, según el aspecto desde el que se mire, pero lo cierto es que hasta ahora no se han aplicado prácticamente en ninguna Escuela, y que hoy han cristalizado en las Escuelas de párvulos creadas por esta ilustre doctora con el sugestivo título de «Casa dei Bambini» o Casa de los Niños.

Lo primero que María Montessori tiene en cuenta es la naturaleza del niño; decíamos que éste es braquiscéle, y, en efecto, si lo comparamos con el adulto, vemos claramente que el busto es proporcionalmente mucho mayor en el niño que en el hombre, y su cabeza es doble en el niño que en el adulto, de modo que en el desarrollo del niño lo que más crece son las extremidades, y el crecimiento es muy pequeño en el busto y cabeza. Esto es de una importancia grandísima para la educación del parvulito, porque el mayor desarrollo de su busto y cabeza es signo de una potencialidad de vida grandísima, y de la que es preciso nos demos perfectísima cuenta.

Esta gran actividad, este extraordinario impulso vital, le hace tender a la plenitud de su vida, impulso que es puramente natural, y, por tanto, de dentro a fuera. Este impulso era ya reconocido por Fröbel; pero éste lo consideraba sobrenatural, y por esto ordena a todos los niños el mismo trabajo y al mismo tiempo, previamente determinado. Guía al niño, pero es llevándolo de la mano en pos de sí.

En cambio, María Montessori le deja en completa libertad para elegir trabajo, duración del mismo, etc., siempre que esta libertad no coarte la libertad de otro; como se

ve, va en el camino de la educación, no delante, sino al lado, limitándose a separar los obstáculos que el niño pudiera encontrar, pero luego le deja andar por sí solo.

Este impulso vital, esta potencialidad de vida en los parvulitos es, más que nada, fisiológica, y por esto nuestro primer deber es favorecer este desarrollo siguiendo sus naturales impulsos, que son los que deben guiarnos en el camino de la educación. Así, por ejemplo, el instinto fisiológico de conservación le hará amar el azúcar, alimento que ha de fortalecer sus huesos y que contribuye poderosamente al desarrollo de sus tejidos, de modo que, lejos de tildarlos de golosos, debemos satisfacer este impulso prudentemente.

El niño, con sus pequeños pasos al andar y con el enorme tronco que ha de sostener, al mismo tiempo que la debilidad de sus huesecillos, casi cartílagos aún, no puede adaptarse al paso nuestro; por eso, después de un brevísimo paseo a nuestro lado, se siente fatigado, y correteando todo el día no se cansa jamás. Por esta misma razón se echan al suelo frecuentemente, porque allí encuentran postura cómoda y apropiada a sus cortas piernas.

Nuestros movimientos son mucho más rápidos, y al querer que ellos obren como nosotros, es someterles a una vertiginosa carrera que ha de violentar su naturaleza y ha de trastornar, necesariamente, su naciente cerebro. Es preciso, pues, caminar en este desenvolvimiento, no forzándole, no coaccionándole, sino situándose en lo que pudiéramos llamar mundo del niño. La falta de adaptación nuestra a la naturaleza del niño es causa de muchas enfermedades, como son la miopía, escoliosis, etc., ya que obligamos al niño a estar quieto, rígido en los bancos, haciendo un esfuerzo sobrehumano de atención altamente nocivo.

Casi siempre, el Maestro o Maestra explican desde lejos, y los niños atienden, o parecen atender, haciendo por adaptar su vista y oído a las explicaciones que se les suministran, cuando lo más sencillo y lo más natural es que, si no ve, se acercara para ver; si no oye, se acercara para oír, buscando cada cual por sí mismo su posición más cómoda. El banco es, para María Montessori, la esclavitud del cuerpo, como los premios y los castigos son la esclavitud del alma; los bancos buscan la rigidez corporal, los premios y los castigos buscan la rigidez espiritual. Está probado, con datos estadísticos, que un tanto por ciento crecidísimo de los

niños que asisten a Colegios en donde rigen los actuales medios de enseñanza, han contraído durante el período escolar enfermedades incurables, como son la miopía, escoliosis, desviaciones de la columna vertebral, etcétera, que prueban lo detestable del sistema, mientras que los niños educados según Montessori, no solamente no adquieren estas enfermedades, sino que, al salir de la Escuela, su vista es más fina, su oído más delicado, su capacidad torácica más desarrollada, su estatura y su peso, en fin, han sufrido un aumento considerable.

¿No prueba esto que los métodos montessorianos, en vez de coartar la naturaleza del niño la fortalecen y vigorizan? La autoeducación es uno de los medios inherentes al método Montessori; el niño, puro e inocente, sigue los impulsos de su naturaleza, libre de prejuicios, y por eso escoge siempre lo más en armonía con ella; la intervención de la Maestra casi ha de ser nula, y desde luego limitada solamente a hacer desaparecer obstáculos, o presentarlos de manera que puedan ser fácilmente vencidos por los niños. Así, acostumbrados a ser ellos los que hacen; a ser ellos los que vencen las dificultades; a ser ellos los que realizan diariamente nuevos descubrimientos, su voluntad va cada vez fortaleciéndose, y fórmase, cada vez más vigorosa, su naciente personalidad.

Esto es lo que busca como fin la Escuela Montessori: el cultivo de la voluntad, y esto es, precisamente, lo que no se ha hecho jamás. Hoy por hoy todo se le presenta hecho al niño: en la Escuela, por el Maestro o por el libro; en la vida práctica, por la madre o la criada, no consiguiéndose otra cosa que convertirlos en esclavos de cuerpo y espíritu, no teniendo voluntad propia, y así no es de extrañar que, al llegar a hombres, se encuentren inútiles para la lucha. En cambio, en el sistema Montessori, como todos los días, todos los instantes, están venciendo pequeñas dificultades, llegan por fin a hacerse invencibles.

No importa tanto a la sociedad tener hombres sabios como el tener hombres buenos. La voluntad es la esencia del hombre, que le robustece, que le hace respetuoso hacia los demás, que le hace ser bueno, en una palabra. Enseñemos al niño a tener voluntad y a dirigirla en el sentido del amor hacia sus semejantes, y cuando cada individuo se haya convertido en un ser fuerte y bondadoso, tendremos también una colectividad, una sociedad que responda a los fines de la creación, y esta bondad, este concepto del deber,

no puede lograrse más que en el trabajo y en el respeto a los demás, o sea en la Escuela voluntarista.

Conjuntamente a la autoeducación y al desarrollo de la voluntad se precisa la libertad en la educación, una libertad jamás coartada, sino cuando trata únicamente de molestar a otro individuo. Ya sé que esta cuestión es una de las más discutidas, y quizá la que vosotros encontraréis más difícil de llevar a la práctica; pero es porque al trasladarla con el pensamiento a vuestras Escuelas, queréis implantar este régimen de libertad con el actual medio de enseñanza, y esto, claro es á, que es un imposible. Yo os invito a que penséis un momento, para que veáis cuál es la aspiración, no ya del hombre, sino de las naciones y hasta de los animales. Todo y todos aspiran a la libertad; libertad es sinónimo de felicidad, y nadie con más derecho que el niño a disfrutar de esa libertad. No os asuste la algarabía que teméis ver en vuestras Escuelas si implantáis la libertad en ella; para evitar esto, no hay otro remedio más eficaz que darles ocupación constantemente; que cuando se cansen de una labor, tengan siempre otra dispuesta en que emplear su actividad; su naturaleza le inclinará a escoger aquello que sea más apropiado para ella. La Escuela ha de dejar al niño seleccionar, moverse, trabajar, reposar, cuando su naturaleza se lo pida, en sí propia; individualmente, lo contrario, sería lastimarla física e intelectualmente. La Naturaleza, gran maestra de la Humanidad, nos muestra a las plantas, seres ínfimos de la creación comparados con el hombre, creciendo libre y espontáneamente, sin que tengamos que intervenir para nada en su crecimiento. Sólo rarísimas plantas, como el débil tallo de un clavel o una enredadera, necesitan un enderezamiento o un arrimo; la generalidad han nacido para dirigirse al cielo. Estoy segura que así mismo estáis pensando: ¿Cómo es posible que dejemos en libertad de acción a todos los niños de la Escuela, cuando, si uno solo de nuestros hijos se encuentra libremente a sus anchas un solo momento, nos atruena con sus gritos y carreras, todo lo toca, rompe o desbarata? Es que, desgraciadamente, en nuestras casas ocurre lo mismo que en nuestras Escuelas. ¿Quién será más desordenado en sus movimientos y actos, el pacífico transeunte que va diariamente a su obligación, sin que nadie lo vigile, o el preso que, burlando la vigilancia de los guardianes, escapa corriendo como un loco, y creyendo ver a cada instan-

te fantasmas atentadores a su libertad? Yo sólo puedo decir que en el año 1914 se celebró en Roma un cursillo internacional de estas enseñanzas, presidido por la misma María Montessori, cursillo que duró cuarenta meses, siendo teatro del mismo las Escuelas de la Vía Triumphale, o de parvulitos pobres, y otras varias más, situadas en distintos barrios, bajo la dirección de ella también.

A este cursillo asistieron siete Maestras de España, figurando entre las siete la ilustrada Inspectora de Primera enseñanza de Barcelona, doña Leonor Serrano, y la Maestra nacional de párvulos de Lérida, doña Ramona Martí, a quien conozco mucho personalmente, y a ambas señoras las he oído decir que, lejos de reinar en las Escuelas Montessori el desbarajuste y gritería que teméis, no han visto Escuelas en donde el orden y la armonía presidan mejor en todos los actos.

Posteriormente, el Consejo de Investigación Pedagógica de la Diputación de Barcelona, organizó un cursillo teórico-práctico de estas enseñanzas, en su Escuela de verano, siendo dirigido por D. Juan Palau (Maestro de la Casa de Maternidad), primera Escuela de este funcionamiento en España. Este cursillo fué inaugurado con una conferencia de doña Leonor Serrano, y asistieron a él muchas Maestras de las cuatro provincias catalanas.

Los niños de la «Casa dei Bambini» son muy formales, demasiado formales, si lo preferís así. Claro que esto no existe precisa y espontáneamente. El niño, como antes digo, es de una actividad asombrosa, y su característica consiste en un desordenado movimiento; todo lo toca, coge, rompe y desbarata; no para quieto un instante, y todo lo hace violentando, empujando y haciendo ruido. Esto es, precisamente, lo que molesta al hombre, padre o Maestro, y para evitarlo, no se nos ocurre mejor remedio que condenarles a la inmovilidad.

Sin embargo, esto no es para María Montessori más que un ejercicio de coordinación de movimientos: ¿que el niño ha cerrado violentamente la puerta?, la Maestra debe levantarse y mostrar al niño cómo cierra ella la puerta sin estrépito alguno. ¿Que se ha levantado arrastrando la silla y produciendo un ruido desagradable?, la Maestra debe sentarse, levantarse y hacerle ver cómo ejecuta todo esto sin producir ruido. ¿Que el niño, al pasar, ha dado un empujón a otro?, pues la Maestra debe pasar por el mismo si-

tio para demostrarle que puede pasarse por allí sin molestar a los demás, y así con otra cualquier cosa, empleando siempre las menos palabras posibles, y enseñando con la acción.

De aquí viene la clasificación que de los movimientos hace María Montessori en movimientos de inhibición, de ordenación y de producción. El carácter de este modesto trabajo me hace pasar a la ligera sobre ellos; pero debo hacer constar que la libertad en la educación debe estar acondicionada por el respeto a los demás, y así es cómo los niños llegan a comprender que los ruidos son molestos y los sonidos agradables, y llegan a realizar, con habilidad asombrosa y una curiosa alegría, la llamada lección del silencio, lección, sin duda alguna, de provechosa educación motriz, de equilibrio y de disciplina social.

Otra de las cosas que más caracterizan la Escuela Montessori es la preparación para la vida y el carácter verdaderamente familiar que quiere dar a sus Escuelas; así es como en ellas se enseña, mejor dicho, se les deja hacer, que ellos mismos se vistan, desnuden, coman, se sirvan la comida, se laven la vajilla y la sequen y, todo, en una palabra, cuanto pueda serles útil para bastarse a sí mismos. No hay que pensar en darles platos o vasos de porcelana para que no los rompan, nada que no se haga en las familias. Si cuando un parvulito va a llevar un vaso o jarra, etc., en vez de prohibírsele, le animamos a que lo haga, el niño pondrá todo su cuidado en hacerlo, y probablemente no lo romperá, sintiéndose orgulloso de haber triunfado; pero si lo reñimos o amedrentamos con que lo va a romper, y le vamos a castigar, el niño terminará por hacerlo mal, pues obra bajo la acción del miedo, que le impide dar a sus movimientos la soltura necesaria para ello. Los niños gustan de hacerse ellos solos todas las cosas, y no debemos impedirsele, sino facilitarles su ejecución.

También debe ser la Escuela una continuación verdad de la familia; por eso los niños Montessori han de comer, por lo menos, en la Escuela, y ésta ha de tener las dependencias de una casa, o sea: comedor, cocina, cuarto de baño, dormitorios, salón de trabajos y, a ser posible, jardín. El dormitorio es muy del gusto de María Montessori, aunque no sea más que para dormir un poco la siesta, que, además de ser una buena costumbre para los niños de tres a siete años, sería también beneficioso para que aprendiesen a hacer la cama, desnudarse, vestir-

se, etc. Si no hubiera camas, por lo menos hamacas.

El mobiliario también está en consonancia con esta misma idea; las mesas son sueltas, sin bancos, y de forma cuadrada, rectangular o redondas, con las patas ligeramente inclinadas hacia afuera, para que sea mayor la base de sustentación: en vez de bancos son sillas, que permiten la libertad de movimientos; las mesas son todas de la misma altura, y las sillas de alturas distintas, y tanto unas como otras de color blanco, a ser posible. La mesa común no tiene la rigidez del banco; en sillas individuales y mesas comunes se sientan las familias en la comida. Este mobiliario se completa con un armario bajito, y de anchas puertas, para que los alumnos puedan guardar material; de otro, también bajito, y dividido en columnas de pequeños cajones, para que cada niño tenga el suyo; de un pequeño lavabo y un piano, si es que no se tiene sala aparte para él. Las paredes han de ser de colores claros y ornadas con lindos y artísticos cuadros y flores, muchas flores y plantas verdes, que recuerden la primavera de la vida. Este ambiente familiar no ha de verse reflejado solamente en la disposición de las salas y del moblaje, antes bien, ha de reinar y presidir en las costumbres, actos y modalidades de la vida espiritual de estas Escuelas.

La libertad, alegría y el cariño más puramente sentido, debe invadirlo y dominarlo todo; jamás la sonrisa desaparecerá de los labios de la Maestra, y jamás el niño hará nada a disgusto, sino espontáneamente y con agrado.

Precisamente por el gran respeto, rayano en idolatría, que Montessori tiene hacia la familia, es por lo que no quiere establecer el internado, busca un suplemento a la familia, pero no una sustitución; es más, quisiera llevar a las familias, aunque no fuera más que por contagio, el ideal de abnegación, orden y cariño que ella establece en sus Escuelas.

Todo el sistema de María Montessori puede decirse que descansa en la educación de los sentidos; la inteligencia del parvulito es rudimentaria porque está en formación, de tal manera, que casi puede decirse que solamente se siente atraído por estímulos sensoriales, y sólo posteriormente, por el por qué de las cosas. Siendo esto evidentemente cierto, no es de extrañar que se conceda tanta importancia a la educación de los sentidos; con razón se ha dicho que los sentidos son las ventanas del alma; así es, pues,

patente la necesidad de su perfeccionamiento o educación. Con malos instrumentos no puede hacerse buen trabajo; tampoco con sentidos imperfectos se puede hacer nada, ya que las primeras actividades recibidas por los sentidos y llamadas de ordenación van preparando el camino para la producción, en la que predomina el elemento intelectual.

El niño todo lo toca y todo lo quiere, como si los demás sentidos necesitaran el auxilio del tacto para comprobar errores. En la educación de anormales (base de donde partió la enseñanza de Montessori), es natural que al tacto se le concediera una importancia sobre todos los demás, pero cuando se ha llevado este procedimiento a la educación de niños normales, se ha visto, casi con asombro, que el niño normal repite ejercicios táctiles hasta 200 veces por sí solo, sin mandárselo nadie, lo que prueba que busca en el sentido del tacto la comprobación de todas las restantes sensaciones recibidas por los demás sentidos. Esta observación es la que ha llevado a la ilustre doctora a fundamentar todo su sistema en el sentido del tacto, principalmente, reconociendo la capitalísima importancia que tiene en la vida del parvulito.

(Esta parte fué explicada con auxilio de algunos modelos de material.)

PRACTICA

Los primeros ejercicios que hacen los niños Montessori, consisten en ajustar unos cilindros de madera de diferentes dimensiones, en sus moldes respectivos; los cilindros son diez y tienen de 1 á 10 cm. de radio, y de 1 á 10 cm. de altura; por tener el radio distinto, tendrán distinta superficie, y por tener distinta altura tendrán distintos volúmenes. Esta constituye la primera serie; en la segunda, el radio es distinto y la altura es igual, y en la tercera, el radio es igual y la altura distinta. La lección consiste en sacar con dos dedos, pulgar e índice, los cilindros de los moldes que están hechos en un paralelepípedo de unos 50 á 60 cm. de largo, por 10 á 15 de ancho; una vez sacados, se palpan con los dedos toda la superficie del cilindro, se hace lo mismo con el hueco y se van colocando en sus respectivos moldes; no hay necesidad de hacerlo más que una vez delante del parvulito, después trabajará el sólo hasta que llegue a colocarlos perfectamente. Cuando esto ocurra, se le dará la segunda serie, y después, la tercera. Se tiene una clara idea de este ejercicio con un juego

de pesas, de esos que existen en cualquier establecimiento de comestibles.

Puede alternar con el anterior ejercicio, si el niño lo busca, la ordenación de 10 cubos de madera, construyendo torrecillas. La sensación de los cilindros era de las formas redondas, la de éstos cubos es de iniciación en las formas angulares; los cubos tendrán de 1 á 10 cm. de lado, y son de color de rosa; como se ve, la diferencia en los cubos es de las tres dimensiones.

Posteriormente, a los cubos viene la ordenación de 10 prismas cuadrangulares, de una longitud igual en todos como de 20 centímetros, y su sección cuadrada viene a tener, como en los cubos, de 10 á 1 centímetros de lado, con lo que se diferencian en dos dimensiones, constituyendo la segunda serie paralela a la segunda de los cilindros, y, por fin, la tercera consiste en unos listones con pequeñísima sección cuadrada, divididos en decímetros, y que son cada uno de un color, rojo y azul, por ejemplo, y que sólo se diferencian en la longitud. Como en los ejercicios anteriores, primeramente se ordenarán formando un triángulo, y después viene la lección con sus tres períodos de designación, reconocimiento y pronunciación de la palabra. Este ejercicio de los listones es después empleado para la enseñanza del cálculo.

Como habréis visto, esta enseñanza no es exclusivamente del tacto, pues también se educa la vista, pero es que María Montessori no separa la educación de cada sentido, sino que lo hace sintéticamente, simultáneamente, como ocurre en la vida.

Alternando con estos ejercicios se emplea para la educación del sentido del tacto una madera, la mitad lisa y bien pulimentada, y la otra mitad recubierta de papel de lija; se les hace ver la diferencia y se les dice, como en todo, «ésto es suave, ésto es áspero», hasta su reconocimiento; luego, la madera es lisa y se intercalan varios pedazos de lija para que la percepción vaya siendo más completa, y, por último, han de reconocer diversas clases de tela que forman ocho series y cada una comprende varios ejemplares, de modo que cuando llegan a reconocer bien todo ésto perciben y distinguen las más pequeñas diferencias.

Por los cilindros, cubos, etc., reconocen los volúmenes, y para el reconocimiento de planos también tienen unas cajas de madera, en las que se ajustan seis respectivas series de figuras geométricas pintadas de otro color, fáciles de ajustar por medio de un bo-

toncito blanco; las cajas son de madera, las figuras de hierro. Cuando el niño ya sabe adaptar las figuras planas a todos sus moldes, se les hace que las limiten sobre un papel blanco y que las rellenen con lápices de colores, con lo cual sus dedos adquieren la soltura necesaria en el manejo del lápiz, y este ejercicio equivale a emborronar muchas cuartillas de palotes.

Paralelamente a este ejercicio, se les enseñará otro, en el cual, sobre un pedacito de madera se pega la figura de una letra, primero de las vocales, después las consonantes, y con los ojos vendados, como si se tratara de otro ejercicio táctil cualquiera, se les irá enseñando al mismo tiempo que los palpa los nombres, pero a la efe, por ejemplo, no se le dirá efe ni fe, sino fff; a la erre no se le dirá erre ni rre, sino rrr, y, así, sucesivamente.

Ejercitados ya los sentidos (del tacto sobre todo) flexibles los dedos y adiestrada la vista, viene la llamada, casi con razón, «explosión de la lectura y escritura»; el niño, al conocer unas cuantas letras (no es necesario que las conozca todas), irá combinándolas y formando con ellas palabras y frases. Dejémosle; si alguna vez duda irá a comprobar su error en las letras de lija, y si le falta alguna, no conocida todavía, será un buen estímulo para que la aprenda. Como al mismo tiempo sus deditos están ágiles ya en el manejo del lápiz y en dibujar la forma de las letras sobre el papel, empieza a escribirlas, después a combinarlas, y he aquí cómo, sin darse de ello cuenta, el niño aprende a leer y escribir tan rápidamente y tan sin esfuerzo, que no es extraño la llamen «explosión». La escritura y la lectura, sin ningún esfuerzo, amena y rapidísima, es uno de los mayores triunfos del método Montessori.

Estos ejercicios hay que completarlos leyendo papelitos que contienen una palabra o una frase, escrita de antemano por la Maestra; las palabras suelen designar algún objeto que haya sobre la mesa, y las frases suelen indicar alguna orden. Todos estos papelitos estarán colocados en una cestita. El niño coge un papelito, si es algún nombre, va a colocarlo al lado del objeto designado después de leído, y si es alguna frase, como por ejemplo, «coloca bien esa silla, cierra aquélla puerta», etc., el niño se levanta y ejecuta la acción que se le ha ordenado.

Finalmente vienen los dictados, redaccio-

nes, libros, aunque de estos últimos es poco partidaria porque encuentra artificioso su lenguaje; así es que prefiere sus frases, sus sencios pensamientos, que son los que comprenden mejor. Aun cuando el sentido del tacto es el de mayor importancia, no se echan en olvido los demás. La extensión que, bien a pesar mío, va adquiriendo este trabajo, me obliga a pasarlos muy a la ligera; así sólo he de añadir que para la educación del sentido de la vista disponen de dos cajas de madera, provistas de 74 maderitas cada una, recubiertas de seda de ocho colores distintos, y cada color tiene ocho matices. El niño los coloca ordenadamente, y se procede como en todas las demás lecciones. Una caja la tiene la Maestra y la otra el niño.

Para la educación del oído hay que procurar que diferencien primero un ruido y un sonido; para eso hay seis cilindros de cartón, cada uno de los cuales contiene arenillas más o menos finas, y al dejarlas caer producen ruidos más o menos intensos. Por medio de 26 campanillas metálicas sin badajo, que corresponden a dos escalas completas con sus semitonos y ayudados con un mazo aprenden a distinguir los distintos tonos y notas. Hasta tienen luego una tabla de madera con cinco ranuras largas pintadas de negro y otra negra adicional, que representan el pentágrama, y con la ayuda de unos pequeños discos blancos y negros que llevan escritos los nombres de las notas, se inician en el conocimiento de la música. Todavía tienen más material para este sentido, pero hemos de abreviar.

Los sentidos del gusto y del olfato se educan, más que nada, en la práctica escolar, en las comidas y alguna vez puede hacerse algún ejercicio con olores fuertes o con alguna disolución de sal, azúcar, etc., en agua.

Por último, también hay que ejercitar el sentido bárico, de apreciación de pesos y el térmico o de temperaturas. En todos ha de procederse siempre del mismo modo; primero, buscar analogías; luego, diferencias, hasta llegar a distinguir los menores detalles.

Uno de los hechos que más caracteriza la enseñanza Montessori, quizá muy principalmente como reacción a nuestra educación esencialmente verbalista, es el uso del menor número de palabras posibles. No se habla casi nada, lo más estrictamente necesario, y aunque la conversación entre los niños está permitida, la Maestra puede decirse que enseña solamente con la acción. En cierta ocasión presidía unos Tribunales María Montessori, y el ejercicio que hubieron

de desarrollar las opositoras, consistió en dar idea a los niños de lo que era y qué cualidades tenía el jabón. Todas las opositoras empezaron por decir el origen, composición, etc., del jabón, cada cual con el mayor número de detalles posibles, y al ir a calificar, Montessori no quería calificar ninguno de los ejercicios: y persuadida de la expectación que causaba entre sus mismos compañeros de Tribunal, decidió dar ella misma la explicación de la lección. Para ello pidió una palangana con agua, jabón y una toalla, y sin hablar una palabra, se lavó cuidadosamente las manos, y después hizo que se lavara uno de los niños que escuchaban, con lo cual aprendió mejor la utilidad y el uso del jabón que con todas las explicaciones anteriores. Lo importante para ella no son las palabras, sino las ideas; por eso no da una sola definición.

Esto es, en síntesis y muy a la ligera detallado, lo que constituye la obra de esta ilustre doctora. Como toda obra humana, no deja de tener lunares; pero éstos son más bien por omisiones, y, por tanto, fácilmente reformables, ya que casi todos obedecen a una exagerada reacción.

Si bien en sus principios no es muy original, lo es verdaderamente en los medios, y hemos de reconocer que su fin, voluntarista por sí propio y de formación del carácter individual, es lo que más necesita nuestra actual educación; y, finalmente, el método Montessori, con sus pequeños lunares y sus innumerables aciertos, es digno de un estudio sincero y razonado; es una feliz renovación pedagógica, que hasta ahora está produciendo resultados prácticos, sorprendentes, de indiscutible valor, y que hacen colocar a su autora como una figura digna de mencionarse en los anales de la Pedagogía.

Resulta imposible a ningún español de nacimiento y de corazón, tratar las cuestiones pedagógicas de Montessori, sin referir sus ideas a la figura inolvidable de D. Pablo Montesinos. Casi en todos los ramos del saber humano, nos sentimos sorprendidos los españoles al admirar cualquier descubrimiento hecho por los extranjeros, sin pararnos a pensar que casi siempre ha tenido como precedente el trabajo de algún español. Este es el caso actual. Ha sido preciso, ha sido necesario que una italiana, una extranjera, pusiera en juego las tendencias pedagógicas de un español, para que después del período de admiración producido por estos descubrimientos, nos demos cuenta de que siglo y medio antes que la ilustre

doctora tratara de poner en práctica sus concepciones ideológicas sobre educación, tuvimos en España un hombre ilustre, un abnegado político, un alma generosa y desinteresada, un patriota insigne, un Montesinos, en una palabra, que moviéndose en la esfera del amor hacia sus semejantes, busca el remedio de los males que aquejan a su Patria en la educación popular, no ya del hombre adulto, no del anciano, no del niño de seis a doce años, sino en la educación del parvulito, base de toda generación.

¿Quién, después de haber leído su *Manual para la Enseñanza de los párvulos*, puede negar que están en él contenidos casi todos los principios puestos en práctica por la doctora Montessori?

¿Quién, después de haber repasado el memorable decreto de 31 de agosto de 1834, puede olvidar que de la educación individual de la infancia hace depender Montesinos la felicidad de las familias y el bienestar de la Nación?

¿Es posible que, después de haber mirado uno sólo de los innumerables artículos por él escritos en el *Boletín de Instrucción Pública* se desconozca la tendencia voluntarista, o sea el empeño que demuestra en la formación del carácter como sólida construcción para afianzar el bienestar social?

Todas sus obras, todos sus escritos, todos sus artículos tienden a formar una educación que sirva para la vida, atendiendo primeramente al perfeccionamiento de los sentidos, a la educación de la voluntad para fortalecer el carácter y el espíritu social y a la autoeducación espontánea, en plena libertad, acondicionada por el respeto a sus semejantes. ¿No son éstos, pues, los principios que sirven de base a todo el sistema Montessoriano? Don Pablo Montesinos arrojó la semilla que no pudo germinar entre nosotros; otros vientos lleváronla a terrenos más propicios, en donde ha fructificado abundante y prósperamente; hora es ya que nos apercibamos a recogerla para no demorar tan valiosa recolección.

Si el sistema Montessoriano atrae todas nuestras simpatías, por ser el que hasta el presente ha encarnado mejor en el ambiente de la Escuela y de la vida, obra es de gratitud y de patriotismo no olvidarse de que ese asombroso sistema que causa la admiración de todos los pueblos que estiman en algo los problemas educativos, tuvo como precedente, como indiscutible precursor, un hombre de bien, un español.

FRANCIUCA GOMEZ

Rogamos y agradeceremos a los carteros y peatones la rectificación de cualquier error en las direcciones, para facilitar los envíos.

Este número ha sido revisado por la censura

LIBROS DE LECTURA PUBLICADOS POR EL MAGISTERIO ESPAÑOL

	<u>Pesetas</u>
<i>Alboradas</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>Cervantes, educador</i> , por D. Ezequiel Solana	1,00
<i>El Cielo</i> , por D. Victoriano F. Ascarza	1,25
<i>El Hombre</i> , por D. Victoriano F. Ascarza	1,25
<i>Fábulas educativas</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>Inventiones e inventores</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>La Niña instruída</i> , por D. Victoriano F. Ascarza	1,00
<i>Las Memorias de Pepito</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>Lecciones de cosas</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>Lecturas de Oro</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>Lecturas infantiles</i> , por D. Ezequiel Solana	1,00
<i>Recitaciones escolares</i> , por D. Ezequiel Solana	1,50
<i>Reglas de Urbanidad</i> , por D. Ezequiel Solana	1,25
<i>Victoria</i> , por D. ^a María del Pilar Oñate	1,00
<i>Vida y Fortuna</i> , por D. Ezequiel Solana	1,50